

Pantagruel realizó prodigios desde su infancia. Hallándose en la cuna, estranguló á un oso que « había acudido á lamerle la cara (porque las nodrizas no le habían limpiado bien el hocico) »; el pequeñuelo había tenido que deshacerse de antemano de unas cadenas « como la que se ve en La Rochela, que se tiende por la noche entre las dos grandes torres del puerto ». Después va á la escuela para aprender y pasar su infancia; luego se pone en camino para estudiar en Poitiers, en la Rochela, en Burdeos « lugar donde tuvo mucho que hacer », en Tolosa, « donde aprendió muy bien á bailar y á esgrimir la espada á dos manos », en Mompeller, « donde halló excelentes vinos de Mireveaux y alegre compañía » y donde dió un tiento á la medicina; en el Delfinado, en Bourges, « donde hizo grandes progresos en la facultad de leyes », en Orleáns y en París, donde se encontró con un estudiante lemosín « muy barbilindo » que remedaba el lenguaje francés.

Pasándose un día Pantagruel extramuros, hacia la abadía de San Antonio, se encontró con un buen mozo de gran estatura que venía por el camino del puente de Charentón. Acercóse á él y le preguntó. Trece veces respondió el hombre en lengua extranjera y acabó por dar su nombre en francés, « mi lengua natural y materna, dijo, porque he nacido y he sido criado en mi juventud en el jardín de Francia, es decir en Turena ». Tenía los dientes agudos, el vientre vacío, seco el gáznate y la voz estridente. Pantagruel le llevó á su casa é hizo que le presentaran abundantes víveres para que se repusiera, porque tenía la mayor necesidad.

Así es como Pantagruel hizo, como Eneas y Acates, « gran amistad » con su huésped que se llamaba « Panurgo por su nombre propio y verdadero de bautismo, y á quien guardó el mayor cariño toda su vida ».

Panurgo empezó por referir á Pantagruel la turbulenta serie de sus aventuras, cómo se libró de manos de los turcos, y continuó con él la serie, ganando indulgencias, casando viejas, teniendo procesos, enseñando una nueva manera de edificar las murallas de París, y triunfando de un gran clérigo de Inglaterra que quería argüir contra Pantagruel, y á quien dejó corrido.

Aunque enamorado de una alta dama de París, Pantagruel, sin despedirse de nadie, tuvo que volver á su reino donde su padre había sido destronado por Morgo, un rey vecino, mientras los Dipsodas, que habían salido de su país, sitiaban la ciudad de los Amaurotas. Pero Pantagruel se llevaba á Panurgo. Ellos por sí solos triunfaron de todos sus enemigos; Panurgo cuidando á los heridos y remendando hasta las cabezas cortadas, y Pantagruel, que había entrado en la ciudad de los Amaurotas, casando á la gente y cubriendo con su lengua todo un ejército.

Para recompensar á Panurgo le hizo Pantagruel castellano del Sal-

migondín en Dipsodia. El hombre quiso entonces casarse y consultó á Pantagruel para saber si debía hacerlo ó no. Éste le demostró que es tan peligroso y tan útil casarse como no hacerlo, y le incitó á que consultase las suertes virgilianas, los dados, aunque son ilícitos, los sueños acerca de la fortuna ó desgracia de su matrimonio, y luego á conferenciar con una sibila, con unos mudos que responden por señas, con el viejo poeta Rominagrobis, y con el hermano Juan de Entommeures, que le dió alegres consejos. Previo parecer de una asamblea compuesta del teólogo Hipotadeo, del médico Rondibilis, del legista y filósofo Trullogán, Pantagruel persuadió á Panurgo, cada vez más perplejo, que se aconsejase con el loco Triboulet; luego fueron los dos hombres á ver al juez Bridoye « el cual sentenciaba los pleitos por suerte de dados », y sin que nadie pueda extrañarse de ello, cumplía al mismo tiempo con la justicia y la equidad.

Entonces, siendo Pantagruel de opinión de que no es lícito á los hijos casarse sin el conocimiento y consentimiento de sus padres, ambos amigos, por consejo del loco Triboulet, se embarcaron para ir á consultar el oráculo de la divina botella, Bachuc.

El oráculo residía en el Catay, país al norte de la India. En el curso de su fantástica navegación tocaron los viajeros en varias islas, cada una de las cuales personifica un error ó un vicio y oculta una alegoría: Medamoti, donde compraron varias lindas cosas; cinco días después, habiéndose cruzado con un barco, abrieron trato con un mercader de Taillebourg llamado Dindenault, á quien Panurgo compró un carnero que arrojó al mar:

Cayó el animal gritando y balando; todos los demás carneros balando igualmente, comenzaron á tirarse al mar uno tras otro... El mercader... se esforzaba por impedirlo... pero en vano... Finalmente, cogió uno grande y fuerte por la lana, procurando de esta suerte retenerlo y salvar el resto. El carnero hizo tal fuerza que arrastró consigo al mercader y éste se ahogó, no de otra suerte que los carneros de Polifemo, el cíclope tuerto, sacaron consigo fuera de la caverna á Ulises y á sus compañeros.

He aquí Ennasín, la isla de las Alianzas; Cheli, isla grande, fértil, rica y populosa donde reinaba el rey San Panigón; Procuración, donde viven de un modo extraño los Chicanous, gente de justicia que se gana la vida recibiendo palos; Tohu y Bohu, donde murió Bringuemerilles, el gran gigante, por haberse tragado unos molinos de viento. Entonces pasaron una borrasca terrible, « el mar empezaba á hincharse y á agitarse tumultuosamente desde lo más hondo », y Panurgo se lamentaba y lloraba envidiando la suerte de los « que plantan coles ». Juan de Entommeures procuraba animarle con buenas palabras: « Panurgo, especie de ternera, ven acá, llorón, mejor harías en echarnos una mano que en estarte ahí llorando como una vaca ». — « ¡ Be, be, be, bu, bu, bu !

respondía Panurgo; Fray Juan, amigo mío, y mi buen padre espiritual, me ahogo, me ahogo. ¡ Ay de mí! ¡ Ay de mí! Padre mío, tío mío y todo mío ». Pasada la tempestad Panurgo se las echó de valiente. « Todo va perfectamente; dejadme que os ayude; dejadme que baje el primero. » Pero Fray Juan declaró que Panurgo había tenido miedo sin motivo durante la tempestad.

Llegaron luego á la isla de los Macreons, la isla de Tapinois, donde reina Carnestolendas (los católicos); la isla Feroz, delante de la cual divisaron un horrible y abominable monstruo, Leviatán ó el diablo Satanás; desembarcaron en la isla, antigua mansión de las Morcillas (protestantes) que levantaron una emboscada contra Pantagruel; pero habiendo parlamentado con Nipleseth, reina de la isla, pudo reembarcarse y hacerse á la vela para la isla de Ruach, cuyos habitantes sólo viven del viento, y hacia la isla de los Papahigos, « ricos y libres en otro tiempo y por el momento pobres y desdichados, sometidos á los Papimanos ». Desembarcó Pantagruel en seguida en la tierra de estos últimos y allí echó de ver « cómo, por la virtud de las decretales, el oro apenas sacado de Francia, pasa á Roma ».

Después de esto desembarcó Pantagruel en el castillo del señor Gaster, « primer maestro en el arte del mundo » y allí se detuvo algún tiempo antes de partir para la isla de Chaneph y la de Ganabin, donde por su orden, « se saludó á las musas ¹ ».

Tal es el asunto de Gargantúa y de Pantagruel, obra en cuatro libros, sin proporciones definidas; Rabelais nos avisa él mismo y « suplica á los lectores benévolos, que reserven su risa hasta el libro setenta y ocho », á partir del segundo. Una urdimbre tan floja le permitía alargar la obra á su capricho hasta la muerte, — que le sorprendió cuando no tenía sino notas para el quinto libro. Un desconocido tomó el asunto por su cuenta, con más crudeza y con menos buen humor y alegría.

Los ataques contra la Iglesia católica, simbolizada por la isla Sonante, así llamada por el tumulto que allí hacen « campanas gordas, pequeñas y medianas, repicando al mismo tiempo », y habitada por un pueblo de aves de variado plumaje, adquieren una violencia de polémica que falta en los cuatro primeros libros.

Pantagruel, después de la isla de los Ferrements, visita la isla de Cassade, patria de las Garduñas y de Grippeminaud :

Bestias muy horribles... que se comen á los niños crudos... tienen también las uñas tan largas, fuertes y aceradas, que nada se les escapa una vez que ha caído en sus garras... Queman, descuartizan, decapitan, martirizan, aprisionan, arruinan, y destruyen todo sin distinción de bien ni mal.

1. El Sr. Abel Lefranc ha puesto en claro todo lo que hay de verdadero en estos viajes; Santiago Cartier documentó á Rabelais.

Nos hallamos muy lejos, como se ve, de los Chicanous de Rabelais, y de la isla de Procuración, aunque hayamos pasado de lo civil á lo criminal.

En fin, después de diversas peripecias y de pasar por nuevas islas, como Entelequia, la isla de la señora Quinta Esencia, país de las quimeras y de las figuras abstractas, Pantagruel y sus compañeros, á la luz de su linterna, llegaron al oráculo de la Botella, lo que hizo que Panurgo se pusiese á dar zapatetas. Bajaron bajo tierra; las puertas del templo se abrieron admirablemente por sí mismas, el pontífice Bacbuc presentó á Panurgo ante la diva botella que dió la respuesta tan largo tiempo buscada : *Trinc.*

Y habiendo repetido todos la palabra con toda su alma, « impulsados por entusiasmo báquico, entonaron un cántico inspirado por el furor poético », después de lo cual, despidiéndose de Bacbuc, volvieron á sus barcos.

Párase aquí la historia de Gargantúa y de Pantagruel. Pero ¿ cómo hacer entrever los tesoros de la más profunda y variada erudición sembrada por Rabelais en medio de las anécdotas, de las enormes extravagancias y de las substanciosas ocurrencias en que, á fuerza de equívocos y dicharachos, pierden el pudor las palabras? Y en medio de todo esto, entre este aluvión de ciencia prodigiosa, son de admirar las bufonadas de todo género, paradojas á granel, parodias, sales groseras, delicadezas de ingenio y á veces palabras demasiado crudas, en medio del fantasmagórico cuadro de la fábula y del símbolo, sátira de los hombres y de las cosas, de la intolerancia, cualquiera que sea, de la gente de justicia, de la monarquía, de la guerra, del matrimonio, de los sorbonagos, de los sorbonícolas, de todo lo que reprobaban generosamente su buen sentido y su sana razón, sólida, luminosa, potente, si no distinguida y elevada. Todo ello resulta fundido y mezclado en una corriente luminosa, en la obra diforme y colosal, á veces incoherente, y en que reina una riqueza que desdeña el orden y no teme emplear palabras crudas.

Pero el verdadero mérito no procede del espíritu burlesco ó delicado de la parodia robusta, de las burlas de buen ó mal gusto, como tampoco del interés que inspiran los personajes ó las aventuras. Si se rasguña un poco, se ve que son simples burgueses mal disfrazados de gigantes, que no interesan á nuestra alma; aunque son muy grandes, no tienen elevados caracteres. No, todo aquello no basta para formar un cuentista de genio.

Su secreto reside precisamente en que sólo tiene el arte de contar. Posee el don, la gracia infusa y esto basta. Sabe contar con desenvoltura natural, con familiaridad y de un modo genial. El relato tiene la animación necesaria, se acomoda siempre á las acciones de los personajes,

y á sus palabras y gestos. Rabelais no escribe, sino que mima un relato que ríe, llora, hace muecas y se muestra alternativamente regocijado, potente, compasivo y lleno de viveza... Emplea siempre el tono que conviene. ¡Qué facundia! ¡qué prodigiosa ola de alegría! ¡qué torrente de regocijo! ¡Cómo bailan las panzas joviales aficionadas á las vulgaridades materiales y groseras! Puede decirse que no ha tenido nunca igual en su género.

Tómense de Homero la abundancia y ciencia de las grandes composiciones; de Aristófanes y Ariosto, la vis cómica; de los sabios del Renacimiento, la erudición; de Shakespeare, la imaginación; de Cervantes la facultad de parodia; de los campesinos de la Turena, su maliciosa y suelta lengua; de los jarros de vino, la escarlata de sus rubíes; de las cocinas venteriles, el oro de sus asados; de las cenas de los frailes, sus ruidosas risas; de las comilonas aldeanas, la torpe alegría de los vientres hartos; de la Italia burlona, lo verde de sus cuentos; de los fabliaux, las hediondas catástrofes; de la medicina, la crudeza de los términos; del derecho, la técnica misteriosa; de Teniers, el sensualismo de sus brutos repletos de hipocrás; de Scarrón, las truhanerías, y de Platón, la filosofía: mézclese, muélase todo, y la mixtura que quede en el fondo del mortero dará una idea aproximada de lo que fué la inspiración de Rabelais.

Su estilo no es menos vivo.

Hijo del pueblo, Rabelais ha ido merodeando, en sus viajes, el sabor de todos los terruños. Ha observado la vida popular. Ha sabido mirar, recibir, y notar las impresiones vivas. Muy erudito, conocedor profundo de las lenguas antiguas y sabiendo seguramente hablar más de un idioma contemporáneo, fué bebiendo en todas estas diversas fuentes. Se ha creado un vocabulario de una riqueza rara, que no deja de perturbar al lector. Se sirve de dicho vocabulario con desenvoltura y derroche; las palabras se le suben á la cabeza como un vino generoso.

Como un titiritero genial las amontona, las apila, las ensarta con destreza incansable, lo mismo que las frases y proverbios populares.

Su frase, por la variedad y abundancia de vocablos, se halla cargada de color y de imágenes; es copiosa, opulenta, suculenta y llamativa; sigue á la acción, posee sus cualidades, toma sus formas y giros, marcha, afloja el paso, se torna nerviosa á medida del relato y fija los aspectos momentáneos de las personas y de las cosas, y las fugitivas realidades. Estilo de narración, de diálogo y de descripción, estilo vivo como la palabra misma, alternativamente vigoroso y pintoresco, neto, vivo, breve, ágil, y siempre á punto para la réplica, sonoro sin énfasis, estilo de salud robusta, tumultuoso, apresurado, ardiente, impaciente como el vino de Vouvray que sale espumoso y petulante por la boca de la botella, demasiado estrecha para su verbosa precipi-

tación; estilo substancioso, rubicundo, nervioso, que huele á tocino, á coles, á clarete, á cerveza, —y casi nada á tinta.

Seguramente este estilo que « suele ser manjar muy delicado », arrastra con frecuencia, á manera de escorias, expresiones obscenas y cínicamente incongruentes. Pero después de todo, se hallaba de acuerdo con el gusto de la época, en que podían decirse ciertas cosas sin inconveniente y en que las mismas damas, según se ve por Brantôme, no retrocedían ante la palabra exacta aunque no fuese muy limpia. Han cambiado desde entonces las costumbres. Rabelais pertenecía por completo á su siglo y no hacía nada á medias. Después de todo, su libro « no contiene daño ni infección ».

Lo que más falta en él son caracteres. No porque los héroes no tengan vida, sino porque sus gigantes carecen de la complejidad de cualidades y vicios y de las pasiones y debilidades comunes á los humanos. Rabelais no es, como más tarde lo fueron Shakespeare y Molière, un observador de pasiones. Se contenta con remover ideas. La psicología de sus personajes es rudimentaria; no se sabe con qué relacionar sus acciones. Pero se los ve obrar; sus gestos se destacan con vigor y relieve; viven la vida física. Entre el múltiple número de actores que toman parte en su obra, sólo hay tres tipos importantes: Pantagruel, que no es ni más ni menos que su padre Gargantúa y su abuelo Grandgousier; Fray Juan de Entommeures y el incomparable Panurgo.

Grandgousier, con el buen humor de un hidalgo campesino, Gargantúa, el gigante que cubría un ejército con su lengua, y Pantagruel, su descendiente, afinado y perfeccionado, representan al rey sabio y sensato en quien la razón pone límites á la imaginación; poco deseoso de meterse en aventuras, compasivo y bondadoso, y por otra parte capitán experto en materia de estrategia.

Todas estas cualidades se encuentran alternativamente en los diversos episodios del libro: cuando Grandgousier, rey paciente y sin fanfarronería, pero consciente de su fuerza, al verse amenazado en sus derechos, prefiere comprar la paz, « devolver las hallullas » en litigio y evitar la necesidad de una guerra á que se halla preparado, lamentáse y escribe á Gargantúa que vuelva, « pues ha resuelto no provocar, sino apaciguar, no atacar, sino defenderse, no conquistar, sino conservar á sus fieles súbditos y sus tierras hereditarias, por las que ha entrado hostilmente Picrocola, sin motivo, y cometiendo excesos no tolerables entre personas libres »; —cuando, vencedor, y teniendo á su merced como prisionero al capitán Touquedillón, le envía á su rey Picrocola después de haber pagado él mismo el rescate y añade: « ¡Qué Dios os acompañe! »; — cuando Gargantúa, procediendo magníficamente, perdona á los soldados vencidos de Picrocola, los deja irse en

libertad, y no conserva como rehenes sino á las cabezas, considerando « que Moisés, el hombre más manso que hubo en su tiempo sobre la tierra, castigaba con acritud á los amotinados y sediciosos del pueblo de Israel », y « que Julio César fué emperador tan bondadoso que Cicerón decía de él que no había nada superior á su virtud á no ser el deseo que tenía siempre de salvar y perdonar á todo el mundo »; — cuando Pantagruel, partidario siempre de la razón, amenaza al estudiante lemosín con desollarle vivo porque « inventa un lenguaje diabólico », y al fin le deja libre sin otro daño que el miedo pasado; — cuando aconseja á Panurgo sobre la dicha y desdicha del matrimonio; — cuando inaugura en Dipsodia la política de la dulzura, estando convencido de « que se cogen más moscas con miel que con hiel ».

Fray Juan de Entommeures, si no hace pensar en el Turpín de la canción de Rolando, presenta á lo menos el tipo del fraile enérgico, emprendedor, batallador, admirable, excelente amigo y leal servidor, rebelde á todos los votos monásticos, soltando á cada frase y cada bocado retozos de salmos y de la jerga del breviario; « clérigo hasta los dientes » es el menos cazurro de los hombres; derrama la sangre y pega de firme, con las mangas y el hábito remangados; le gusta comer bien, mira á las muchachas de lado, como « un perro que se lleva una gallina », mostrándose por lo demás « protector de los oprimidos y de los que sufren », « joven, robusto, vivo, aventurero, resuelto, alto, flaco, con buena boca y buena nariz, y muy listo para despachar sus rezos, sus misas y sus vigias ».

En cuanto á Panurgo, nacido de los amores de un jamón y de una botella, trátale Rabelais con particular cariño. Es el hombre sin carrera « algo desvergonzado, azotacalles, maligno, tuno, siempre falto de dinero, y que conoce sesenta y tres maneras de procurárselo, siendo la más honrosa y común la de adquirirlo por medio de raterías y hurto »; por otra parte se muestra pródigo, gasta sin contar, es el hombre más alegre del mundo, siempre á caza de una buena partida que jugar, cortándole la bolsa y la cabellera á las damas, ensuciándoles los vestidos, y siendo siempre enemigo jurado de los sargentos y de la ronda, contra los que siempre tiene preparada alguna treta, como la siguiente:

Reunía á tres ó cuatro sólidos patanes, les hacía beber como esponjas toda la noche, y cuando llegaba la hora en que solía pasar la ronda, él y sus compañeros, tomaban un volquete y empujándolo desde lo alto de Santa Genoveva, lo hacían caer con gran fuerza hacia abajo, y de esta suerte echaban á rodar á los pobres individuos de la ronda y luego se escapaban por el otro lado.

Con todo esto era muy cobarde, fanfarrón y burlón, hablador interminable, mentiroso, ingenioso y arrogante, capcioso, y capaz de descon-

certar á cualquiera; con la sola palabra, pues tenía la lengua muy bien puesta, hallaba recurso para todo, se hacía perdonar sus faltas y sus cobardías y, con su buen humor, se conquistaba todas las simpatías y sabía sacar el mejor partido.

Pantagruel, bajo su triple encarnación, Fray Juan y Panurgo, son los tres tipos de la novela de Rabelais; en sí solos reúnen casi todos los aspectos diferentes del alma francesa, presa de los extravíos del espíritu y del cuerpo, templados y equilibrados por la razón y el buen sentido.

Los demás personajes, en verdad, no son más que comparsas, pero el arte de Rabelais ha sabido pintarlos con un solo rasgo, representando en feliz síntesis su actitud, su mueca y su gesto habituales.

Todos viven, se agitan, en medio del hormigueo de las muchedumbres; pobres, ganapanes, campesinos, leñadores, andrajosos y gotosos, bebedores de colorado rostro, todos aparecen como en una fotografía instantánea, con su deformación, siluetas del pueblo menudo, como la vieja pensativa y que rechina los dientes, como el gran villano fanfarrón con sus altos zuecos de madera, como el viejecillo calvo, de hocico colorado y cara amoratada, etc., etc.

Rabelais no nos ha revelado más que el lado literario de su talento y de su persona de cuentista. Réstanos buscar sus ideas, la filosofía y la moral de su novela.

Él mismo en su prólogo cuida de advertirnos que « el hábito no hace al monje » y que, si en su libro, « en sentido literal » se halla « materia bastante divertida, no hay que contentarse con eso »; véase un perro que es la cabeza más filosófica á los ojos de Platón; si se encuentra con « algún hueso provisto de tuétano, ¡ con qué devoción lo acecha, con qué cuidado lo guarda, con qué fervor lo mantiene, con qué prudencia lo maneja, con qué afecto lo rompe, con qué diligencia lo chupa, sólo para sacar un poco de tuétano, alimento elaborado con perfección por la naturaleza! » Conviene, dice Rabelais, « á ejemplo del perro, oler, comprender y estimar estos hermosos y substanciosos libros y luego, por vía de curiosa lección y de frecuente meditación, romper el hueso y chupar el substancioso tuétano, porque en él se encontrará un gusto más exquisito y una doctrina más recóndita... »

Seguramente; pero si atendemos á lo que dice Rabelais, habría que buscar en su novela demasiado misterio ó profundidad. Lo prudente es no ver en su libro sino lo que él ha puesto, y, si á veces hay obscuridad en sus símbolos, no dejarse dominar por el vértigo.

Precisamente, gracias á esa afición á la alegoría y al símbolo, á las viejas fábulas y á los antiguos mitos, como también gracias al ingenio galo, señala Rabelais la transición entre la Edad Media, que él repudia, y el Renacimiento. Pertenece á éste último por la infinita variedad de su

ciencia enciclopédica, — por sus amistades y por sus aficiones; es un humanista. Tiene una fe, una filosofía, y una concepción general de la vida y de la humanidad.

En cuanto á la sátira, Rabelais se ha mostrado medianamente agresivo con los individuos; no es un Aristófanes. Pero ha dicho su parecer acerca de las cuestiones generales y de los lugares comunes.

Por de pronto se muestra francamente apegado á la monarquía. ¿Lo hizo por prudencia ó por convicción? ¿Cómo creer en un sentimiento de pusilanimidad ante el cuadro que traza de aquélla? Al interrogar Grandgousier á unos peregrinos y al aconsejarles tan prudentemente que renuncien á « los odiosos é inútiles viajes », y que « vivan como enseña el buen apóstol San Pablo », se muestra como un rey paternal y familiar. Pantagruel por su parte, que vive de todas las picardías de Panurgo, fuera de las guerras, vive con sus fieles súbditos en un estado bastante cercano á la epopeya patriarcal.

Sin embargo Rabelais denuncia los excesos y abusos. Toda la epopeya heroicocómica no es otra cosa que el proceso de la guerra, de las aventuras y de la caballería. Picrocola es un caballero bufón, un soldado, y Anarco, el déspota arbitrario, hace, por boca de Panurgo, el proceso « de esos diablos de reyes que son simples terneros y no saben ni valen nada á no ser causar males á sus pobres súbditos y perturbar á todo el mundo con su inicuo y detestable placer ». Por eso Panurgo, de quien ha caído prisionero Anarco, para « convertirle en hombre de bien » hace de él « un buen vendedor de salsa verde », y « dos días después le casa con una vieja farolera ».

Rabelais persigue con su facundia humorística á los frailes, á los pedantes y charlatanes, á los jueces, — y más brevemente, á las mujeres.

Echa en cara á los frailes su inutilidad social. Este antiguo monje secularizado, que reboza de vida exuberante, asesta á la regla monástica sus más acerados tiros. Habla á ciencia cierta contra ese ser que « ni guarda la casa como el perro, ni tira del arado como el buey, ni produce lana y leche como la oveja, ni lleva cargas como el caballo... y cuyo sueño dorado era dirigirse al son de una campana, y no según los dictados del buen sentido y del entendimiento »; flagela su ignorancia, su falta de limpieza, su cobardía, su grosería y sus malas costumbres.

De aquí á atacar á la Iglesia no había más que un paso, y Rabelais no tardó en franquearlo con desenvoltura. Habla del poder temporal del papa, que pone cortapisas á los derechos de los príncipes, de las ciudades y de los pueblos; de la avidez de la Iglesia, que, con su ejército de frailes, saca dinero de Francia para Roma y priva á las familias de los segundones, cuando habría que darles su parte de herencia, « como lo exige la razón, lo ordena la naturaleza y lo manda Dios »; en una

palabra, habla de las pretensiones de la corte de Roma que él no puede aceptar.

¿ Quiere decir esto que sea irreligioso ó intolerante? Todos sus personajes creen en Dios, le invocan y bendicen su nombre. « ¡ Qué Dios os acompañe! dice Bacbuc á los viejeros. — Pon tu confianza en Dios y no te abandonará, dice Pantagruel al despedir á un prisionero. Porque, por mi parte, aun cuando soy poderoso... nunca he confiado en mi fuerza ni en mi industria; toda mi confianza la he puesto en Dios mi protector, el cual no abandona nunca á los que ponen en él su esperanza y su pensamiento... ¡ Vete y que te acompañe la paz de Dios vivo! » Esto es bien claro. Rabelais se atiene á la piedad religiosa y á la piedad filial. Pero no es intolerante. Se muestra contrario á todos los fanatismos, lo mismo al de la Iglesia católica que « al de los demoniacos calvinos, impostores de Ginebra... santurrones, caníbales, y otros monstruos diformes y contrahechos, á pesar de la naturaleza ».

Tócale el turno á los pedantes, á los Sorbonagros, á los profesores de escolástica, atormentadores del alma, del espíritu y del cuerpo, cuyos discípulos se vuelven « locos, tontos, soñadores y fatuos. » — « No creáis, Señor, que le he puesto en este colegio de piojosos, dice Ponocrates á Grandgousier, hablando de Gargantúa y aludiendo al colegio de Montaigu. Hubiera preferido ponerle entre los perdidos de san Inocente, á causa de la enorme crueldad y villanía que allí he presenciado: porque están mejor tratados los forzados entre los moros, los asesinos en las cárceles y los perros en nuestras casas, que esos desdichados en el citado colegio; y si yo fuera rey de París, lléveme el diablo, si no le pegaba fuego. » Rabelais execra la Sorbona « á la gente sorbonagra, sorbonígena y sorbonícola », que proscribió el griego y la imprenta como artes heréticas; aborrece á esos teólogos, « maestros sofistas » ante los que se sostienen tesis « por espacio de seis semanas, desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde; á esos charlatanes, habladores insaciables, amigos de argucias, de abstracciones y de razonamientos ó silogismos cornudos. El mismo Rabelais se ha visto sometido á semejante influencia, como se echa de ver en las paradojas cómicas en que no hay quien le gane, ya se burle, ya manifieste la huella que ha dejado en su espíritu. No pudiendo sacudir las antiguas cadenas, llévalas con desembarazo, como hizo Pantagruel con las cadenas con que le sujetaban á la cuna, cuando se las llevó á cuestras, semejante á « una tortuga que sube por una pared ».

Los jueces inicuos que prolongan indefinidamente los procesos, que estudian los casos por « espacio de cuarenta y seis semanas », más cuidadosos de la forma que del fondo, y cuya toga está tan sucia, infame y chinchorrienta que es una villana porquería », le han inspirado hermosas frases. Lentitud y gastos judiciales, abuso del derecho romano,

incertidumbre de las sentencias, citas ininteligibles, garras de « gente de faldas » cuyas « leyes son como la tela de araña, donde caen las inocentes mariposas », mientras que « los gordos y perniciosos tábanos la rompen y pasan á través de ella ». Rabelais censura, protesta y ridiculiza todos estos abusos con incomparable abundancia.

Quedan las mujeres. « Jamás me haréis comprender dice el sabio Epistemón, que sea cosa muy ventajosa tomar consejo y parecer de una mujer. » — « Cuando digo mujer, opina el médico Rondibilis, digo un sexo tan frágil, tan variable é imperfecto que me parece que la naturaleza perdió, al crearla, el buen sentido con que lo había creado todo... Platón no sabe en qué categoría colocarla, si entre los animales racionales ó entre los brutos... » Rabelais que « no se cuida de ninguna mujer » sabía sin embargo, según Pantagruel, « que tener mujer es tenerla para lo que la crió la naturaleza, es decir para ayuda, deleite y compañía del hombre », é hizo por lo menos una vez, un retrato digno de la mujer, cuando la pinta como « nacida de gente honrada, instruida en virtud y honradez, no habiendo frecuentado nunca sino gente de buenas costumbres » y preocupada de « adherirse y querer únicamente á su marido », el cual debe vivir en su hogar virtuosamente « como deseáis que la mujer viva por su parte ».

Al mismo tiempo que estas sátiras, que tienen un objeto determinado, ha expuesto Rabelais teorías generales sobre la educación y la vida.

Léase todo lo que se refiere á la educación de Gargantúa y se verá el método que Rabelais prefiere. Es partidario de la educación intelectual y física. Quiere la enseñanza por medio de lecciones de cosas, no haciendo caso de palabras sino pasando en revista ideas y hechos, y respetando el libre crecimiento del ser. Con él conservan sus derechos el médico y el erudito. Su alumno será un sabio de buena salud, pero la imaginación saldrá perdiendo.

En cuanto á la abadía de Telemo, en la que Rabelais sólo admite un corto número de privilegiados, hombres y mujeres, sin otra regla que la divisa : « Haz lo que te de la gana », presenta á la vez el más aristocrático ideal y la cándida concepción de una república de ciudadanos, que bajo la égida de un gigante bueno, paternal y omnipotente, viven en « paz y alegres, gozando honrados placeres y deleites... conforme á su voluntad y libre albedrío. »

La filosofía que se desprende del conjunto es un cristianismo platónico de vago dogma que deja á Dios « el soberano plasmador » el cuidado de las explicaciones cósmicas; y, por lo que hace á la idea de justicia é igualdad, una vida futura que sea compensación de la presente. Dios creador, enteramente bueno y omnipotente, ha creado el mundo y al hombre, para fines buenos. Physis, la madre robusta que en su vasto seno abraza á todos los seres, y es manantial de todo bien, se opone á

Antifisia, la enemiga de la « buena naturaleza », á la que hay que dejar obrar, porque todas las cosas tienden á sus fines y porque de ella brota la vida á la que nadie amó tanto como Rabelais ni con amor tan abundante ni con expansión tan instintiva de los sentidos, del espíritu y del corazón.

Esta confianza en la naturaleza permite « vivir alegre » y conservar siempre « cierto regocijo del ánimo mezclado con el desprecio de las cosas fortuitas »; y éste es el Pantagruelismo, cuyo símbolo es la hierba Pantagruelión, que contribuye á la victoria progresiva del hombre sobre la naturaleza. Son verdaderamente páginas llenas de elocuencia las en que, enumerando los servicios del cáñamo, emula Rabelais los entusiasmos de un poeta lírico que canta los progresos del genio industrial del hombre en marcha hacia los descubrimientos maravillosos y benéficos.

La filosofía de Rabelais es un optimismo racionalista, el más conforme con las disposiciones mismas de nuestra raza y con nuestro buen sentido común y práctico, poco á propósito para las oscuras y profundas especulaciones metafísicas.

No hay pues que admirarse de que Rabelais haya dejado descendencia literaria. La doble línea de cómicos y realistas puede considerarle como su antepasado.

Mucho le debe Molière, que tomó de él escenas enteras para introducir las en sus comedias, como la del *Matrimonio forzado* entre Marphurius y Sganarelle, que forma juego con el diálogo entre Panurgo y Trouillogán. Pero sobre todo, encuéntrase en Rabelais y Molière la misma cualidad de vis cómica y de risa, la misma filosofía de la razón y del buen sentido y el mismo odio hacia la hipocresía, el pedantismo, los tontos, los médicos y los malos jueces.

La Fontaine leyó mucho á Rabelais, cuyas anécdotas pone en verso como, por ejemplo, la del leñador que ha perdido su hacha, y lo mismo hace con sus chistes. Boileau, recordando á Plutarco, pone, en boca de Pirro, los castillos en el aire que forjaban Picrocola y sus consejeros. Voltaire, en sus cuentos, es rabelésiano. El Figaro de Beaumarchais es un Panurgo que ha adquirido confianza y dignidad¹.

Más cerca de nosotros, Victor Hugo ha recurrido también al saco de Panurgo en más de una ocasión, y su César de Bazán no renegaría de semejante antepasado. Emilio Augier lo ha recordado para crear á Giboyer; ó mejor dicho, todos los que han pintado algún pícaro amable, ingenioso y divertido, parecen haber leído á Rabelais. Panurgo ha tenido innumerable posteridad.

Tal es ó mejor dicho, tal aparece Rabelais. Pedro Boulenger le hizo

1. El personaje de Beaumarchais apenas tiene semejanza con Panurgo. Es más bien un pícaro español en que el autor puso su buen sentido de burgués. (N. del T.)